

## Joseph Roth

# Un escritor europeo

Sus cartas y los retratos que realizaron Soma Morgenstern y Géza von Cziffra reflejan la compleja personalidad de Joseph Roth cuando se cumplen los 70 años de su muerte.

### pd Personajes

POR ANDRÉS PAU

**E**l 27 de mayo de 1939, casi solo y casi olvidado, Joseph Roth moría en el hospital Necker de París unos meses antes de cumplir 45 años. Alcohólico, pobre y convertido al catolicismo, murió soñando con la reconstrucción del Imperio Austro-húngaro como única posibilidad de acabar con el nazismo, que últimamente solía identificar con el Anticristo.

Conocido sobre todo por *La marcha Radetzky*, una de esas novelas centroeuropeas que de tan sólidas justifican un imperio y una civilización, la narrativa de Joseph Roth se sustenta en multitud de pequeñas obras maestras, con *Hotel Savoy* (1924) y *La leyenda del santo bebedor* (1938) en sus límites temporales. Asimismo, Joseph Roth firmó una ingente y poco conocida obra periodística, que ha sido traducida al español en algunas excelentes antologías.

Como tantos escritores en lengua alemana aunque no alemanes ni mucho menos prusianos sino austríacos, esto es, súbditos de la corona de los Habsburgo, Joseph Roth poseía el gen del cosmopolitismo, que más que un gen es un don; pero también albergaba otros genes, algunos no tan dones: el del talento, el de la generosidad... El de la autodestrucción. Y le visitó la muerte —él mismo había provocado su deterioro hasta el último aliento— un año antes de que las suelas ferroviarias de los nazis deshonraran a la niña de sus ojos, su querida París. La amada ciudad en cuyos Café Le Tournon y Hotel Foyot languideció enfermo, arruinado y envejecido los últimos años de su vida: el rostro estragado de sus fotografías no puede pertenecer a un hombre de poco más de cuarenta años.

Ahora, cuando recordamos el septuagésimo aniversario de su desaparición, su nombre reaparece en los catálogos de las editoriales más cuidadosas. Aunque es Acantilado la que ha trabajado con más constancia en la recuperación de la obra de Roth, es menester citar la muy reciente y también muy necesaria reedición en Pre-Textos de la imprescindible *Huida y fin de Joseph Roth*, de Soma Morgenstern, amigo íntimo y testigo presencial de sus últimos días. Un libro escrito desde la impotente emoción de quien presencia un hundimiento anunciado y no puede hacer nada por evitarlo. Con la dignidad de quien no calla nada que deba decir, reproches a respetabilísimas eminencias inclusive. Y al demonio del alcohol, que mató a Joseph Roth lenta y pausadamente, sin estridencias pero sin darle la menor posibilidad de recuperación.

Más recientemente Acantilado ha puesto en circulación dos volúmenes no menos imprescindibles: *Cartas (1911-1939)* es un extraordinario medio para aproximarnos al narrador austríaco, pues a través de su correspondencia podemos captar su compleja y al tiempo transparente personalidad, sus diferentes caras, aristas incluidas: el escritor, el marido, el amigo, el activista, el enfermo... Cada carta, según el destinatario pero también según el período vital en que fue escrita, es una pieza que sustenta una vida. Porque cada carta es una página de la autobiografía que Roth no escribió, de las memorias que no llegó a plantearse siquiera, de los recuerdos que no tuvo tiempo de ordenar porque carecía de la memoria necesaria para hacerlo... Y también son una muestra palpable de su errancia vital, siempre de acá para allá, siempre con otro lugar como remite. Al respecto, escribe Herman Kesten en el excelente prólogo que acompaña a la edición: «Era un hombre casi sin propiedad. Por lo que sé, ni siquiera tenía una cuenta corriente. No disponía de anaqueles con libros, ni de un escritorio. Viajaba y vivía con una o dos maletas, se alojaba casi siempre en hoteles y sólo muy rara vez en apartamentos». Mención aparte merece la copiosa correspondencia con su buen amigo, confidente y benefactor Stefan Zweig.

### Correspondencia / Recuerdos

SOMA MORGENSTERN

**Huida y fin de Joseph Roth**

► Traducción de Eduardo Gil Bera

PRE-TEXTOS, VALENCIA, 2008



Joseph Roth (Brody, 1894-París, 1939).

*El santo bebedor. Recordando a Joseph Roth* de Géza von Cziffra es la traducción actualizada que Nieves Trabanco publicó en la editorial Trea en 2000: es menos prolijo y detallado que aquel de Soma Morgenstern; sin embargo, no debemos tomarlo como un defecto, más bien al contrario: las escenas o secuencias se suceden con un notable dinamismo. Así, podemos hacernos una idea bastante cabal de aquel judío oriental —los *ostjuden*, ninguneados por todos, hasta por sus correligionarios— cuyo padre se largó enseguida, los estudios que siguió en Viena, sus peripecias bélicas —siempre amplificadas o distorsionadas por el gran fabulador que era—, su dramas conyugales y sus vaivenes ideológicos y religiosos... Además, en el inigualable contexto de ese período que ha dado en llamarse entreguerras, con la I Guerra Mundial como vívido zaguán de una vida. Todo ello contado desde el punto de vista de un íntimo amigo, que llora el tardío reconocimiento del genio hasta mucho más allá de su muerte.

Enterrado en el discreto cementerio de Thiais, lejos del *glamour* de los cementerios del Père Lachaise o Montparnasse o Montmartre, J. Roth podría haber elegido como epitafio las palabras que cierran su último libro, aquella preciosa fábula moral titulada *La leyenda del santo bebedor*: «Denos Dios a todos nosotros, bebedores, tan liviana y hermosa muerte».

Marquen en un mapa de Europa Brody, la ciudad natal de Roth, en la mítica Galizia o Galitzia, que ahora pertenece a Ucrania pero ha tenido varias madres; marquen luego París. Tracen una línea recta que una ambos puntos. Eso es Europa. Eso es Joseph Roth